



Un espejo en el oasis, distante de la tierra y cercano a su noción del cielo. (Foto: Adriana Pérez-Wicht)

Ocio y política

ABELARDO SÁNCHEZ LEÓN

La construcción de numerosas casas de playa a lo largo de doscientos kilómetros del litoral sur, entre Lima y Cañete, es todo un tema social y cultural. Lo que aquí voy a abordar tiene, más bien, un contenido político. La propuesta central es la siguiente: Asia, lo que se conoce como Asia, funciona como un referente del país para las miles de familias que veranean en esas playas que, si bien no son privadas en sentido estricto, son de muy difícil acceso para los extraños. Los veraneantes no confunden Asia con el Perú o viceversa: ellos consideran que Asia es su Perú. Así como los pobres del país han levantado ciudadelas enteras en todo el territorio, sobre todo en la costa y alrededor de Lima, ellos han concebido, construido y habitado una franja del litoral aplicando reglas de convivencia acordes con su noción de calidad de vida. En todos los balnearios de Asia se vive bien. El listón de calidad es alto. Las reglas funcionan. Se trata de un microclima que corresponde, como una recompensa, al trabajo que realizan en la gran ciudad y que, por cierto, consideran merecida.

Los balnearios de Asia pertenecen a la esfera del recreo, del ocio. En pocas palabras, a lo mejor de la vida. Así como la cultura criolla se lleva a cabo en los momentos de diversión, o sea durante la jarana, la idiosincrasia de Asia se pone de manifiesto en los tiempos de recreo. Esos momentos, esos fines de semana, nos revelan, nos expresan y nos unen. A la hora de trabajar estamos juntos y revueltos, es la oficina, al fin y al cabo, pero a la hora

del vacilón hay que escoger bien a las personas. Los momentos de diversión son un espejo de nuestra alma social. Y resulta difícil, e incluso desagradable, hacerlo con personas que no conocemos a fondo, que no se comportan como nosotros, que no tienen los mismos modales. A la hora de bailar, conversar o chupar a raudales, se hace entre la gente que es como uno.

Los balnearios de Asia han evolucionado en el tiempo. Hace cuarenta años eran rústicos, carecían de agua y desagüe, de luz, no tenían áreas verdes y no habían concebido el club social, ese lugar común donde se departe, se hacen las fiestas, se recibe el Año Nuevo. A partir de la consolidación de los clubes, ha surgido una identidad mucho más sólida. Se ha alcanzado una sutil trama social que vincula a las playas, se ha construido en varias de ellas un malecón que permite realizar un extenso recorrido, se las ha inundado de sombrillas (con lo cual los que no pertenecen al lugar se sienten más extraños aún y tampoco tienen lugar dónde acampar). Ser admitido al club sigue un trámite riguroso: se pasa por diversos filtros, sean estos económicos, financieros, sociales, de relaciones sociales, de costumbres; incluso de comportamientos que podríamos llamar morales o relevantes a las costumbres: si se es casado, divorciado o solo emparejado, además de las consideraciones étnicas: blanco, blanquiñoso, mestizo, cholo, acholado, cholón, nisei o chino. Se trata de una gama compleja de criterios que tiene como finalidad encontrar a la gente como uno.



Hasta ellos dos llega su amor por el Perú: el bueno y la mala, dos caras del mismo balneario.

Después de cuarenta años, los diversos clubes de Asia se perfilan como un compacto grupo humano que piensa que la noción de desarrollo, de progreso, incluso la de la perfección, o sea lo ideal, debe parecerse a Asia. Asia es el referente de lo que debe ser el Perú para ellos. No lo es para todos, eso resulta imposible. La gran mayoría no puede ser admitida

porque las personas que son como ellos son muy pocas. Cualquiera que amenace ese mundo perfecto y cerrado se convierte en un enemigo potencial o concreto. Alberto Fujimori, un perfecto desconocido en 1990, pudo ser una gran amenaza, hasta que los convenció de que no iría en contra de sus intereses, que no pisaría ninguna de sus playas y, lo más importante, que

los defendería, incluso con los policías o los militares, si intentaban destruir lo allí construido. Ollanta Humala es otro de sus peligros, de sus temores. Solo podrán dormir tranquilos si decide mantener el modelo económico de crecimiento, no interferir con sus intereses y, sobre todo, no destruir ese paraíso al borde del mar. A Mario Vargas Llosa lo odiaron después de haberlo amado porque se puso del lado de Ollanta Humala y apoyó su candidatura en el año 2011. Si era aliado del peligro, él mismo era un peligro.

Es importante precisar un punto: los veraneantes de Asia conocen el resto del país, el resto de Lima. No es verdad que no frecuenten sus calles, que no sufran su tráfico vehicular. Por supuesto que sí, viven en el Perú real, oficial e incluso profundo, pero su ideal, su referente, su espejo es la parcela donde pasan sus tiempos de ocio: Asia. Asia corresponde a ese grupo social que ha planificado vivir, dentro del Perú, en un lugar llamado Asia. Incluso distritos como San Isidro, Miraflores, San Borja o Surco tienen en Asia su estación final. La noción de pertenencia a ese territorio de doscientos kilómetros los ha ganado y endurecido políticamente. Tienen, a la usanza de los afrikáners en África del Sur, una conciencia viva de que se encuentran rodeados por fuerzas sociales distintas a ellos, que pueden reconocerlos y, por último, eliminarlos. Esa conciencia de ser blancos en el África negra explica que los afrikáners fueran racistas, tuvieran su propia religión y su propio Estado. Algo parecido sucedía en las haciendas peruanas. La mano de obra, el peón, vivía en

la ranchería. Los reglamentos eran claros. Los pagos escasos. La vida privada estaba arrinconada. La casa hacienda, el nervio, el corazón, estaba siempre cercado.

La existencia de Asia ha generado una cohesión y un temor tan fuerte respecto a lo que la rodea, que trae consigo un comportamiento propio de la extrema derecha. Solo las posiciones radicales, extremas, incluso fundamentalistas, garantizan que ese ideal de vida no desaparezca o se ponga en riesgo. El mundo de Asia, a través de sus diversos clubes, se ve reflejado en revistas que circulan entre los veraneantes todo el año. Es decir, durante el invierno, el otoño o la primavera Asia vuelve a aparecer en estas revistas que le recuerdan su existencia durante el verano, su modo de vida, sus personajes, sus diseños, sus temas y preocupaciones. En Asia, no podemos olvidarlo, hay conciertos, fiestas, presentaciones teatrales, una intensa vida cultural. Si estos espectáculos tienen lugar en el centro comercial, en el espacio público, los adolescentes van en los vehículos de sus clubes. El clima de Asia, su atmósfera, su cultura, es constantemente recreada y consolidada y permite proponer que funciona como el espejo donde su idea de Perú, el hecho de vivir, de estudiar, de trabajar en el Perú, si es que no se decide migrar, cobra mayor fuerza, mayor confianza si es que existe Asia.

Durante los años cincuenta y sesenta del siglo pasado, la derecha peruana tuvo en la Democracia Cristiana y Acción Popular a sus dos partidos más amplios, de ancha base, si descartamos, por cierto,



En Asia, los únicos extraños son las empleadas domésticas. (Foto: Adriana Pérez-Wicht)

al odriísmo y al aprismo. La Democracia Cristiana y Acción Popular tuvieron su epicentro en los distritos limeños de San Isidro y Miraflores, pero se extendían hacia los de las clases medias de San Miguel, Pueblo Libre, Magdalena y Breña. Era una derecha vinculada al trabajo, sea la oficina, la empresa, la fábrica, cuyos miembros vivían en distritos atravesados por diferentes líneas de transporte público y grandes avenidas como la Javier Prado, la Salaverry y la Brasil, que cruzaban como venas caudalosas. No se aislaban. Trataban de vincularse al país, se dejaban ver, compartían espacios públicos y se

acostumbraban a estar codo a codo en los espectáculos deportivos o culturales. Hoy en día, estadios como el Monumental de Ate, el Nacional y en menor medida Matute en La Victoria, tienen palcos privados, al margen de la administración de los propios estadios, como si fuesen una prolongación de sus distritos, de sus centros comerciales pero, sobre todo, de sus casas de Asia.

Ni la Democracia Cristiana (de una de sus alas surgió después el PPC) ni Acción Popular eran una derecha autoritaria ni asumían poses dictatoriales, extremas. Eran los partidos políticos de una clase

media emergente, golpeada después por el gobierno de Velasco, el segundo gobierno de Belaunde y el primer gobierno de Alan García. Su objetivo era integrarse en un país diverso, liderarlo, conducirlo hacia su noción de progreso y desarrollo. Sus lugares de recreo eran los balnearios de Ancón, San Bartolo, Punta Negra o Punta Hermosa, donde los malecones son públicos y las plazas de armas existen y son concurridas. También eran socios de clubes como el Regatas o Villa, y antes, mucho antes, del Lawn Tennis de la Exposición; clubes y, por lo tanto, privados, pero que no son lugares donde se vive, donde se duerme, donde se regula la vida cotidiana mediante reglas precisas.

En los balnearios de Asia los únicos extraños son las empleadas domésticas. Se trata de personas no invitadas, que están allí en su condición de domésticas. Si no fuese por esa precisa condición, no estarían merodeando en esos lugares. Ellas (en menor medida ellos) no incomodan porque están trabajando, no se están divirtiendo. Sus momentos de ocio están, por lo tanto, reglamentados, y allí hay toda una crítica social, pero yo me reduciré a un solo aspecto: a la hora de divertirse las personas no están juntas y revueltas. No se bañan juntas, no se pasean por el malecón juntas, no se ponen ropa de baño a las mismas horas, no se broncean, no usan las sombrillas y no se meten su traguito juntas. Los reglamentos han considerado esos momentos de descanso y sana diversión "entre ellos", es decir, "entre ellas", "entre domésticas solas".

Si consideramos el efecto político que tiene la existencia de los balnearios de Asia, sí podemos pensar que nos encontramos ante un problema que atañe a todos los peruanos. La mera existencia física de Asia no es un tema que nos concierne, y menos aún lo que suceda dentro de sus predios. Lo que sí tiene una importancia tremenda es la generación de un pensamiento de extrema derecha, prácticamente inexistente en los años sesenta, irascible, racista, producto de su propio aislamiento y la convicción de que en ese espacio ellos viven bien y mejor y como nunca, que se lo merecen y que hay que defenderlo con sangre si es preciso. Ese es un fenómeno nuevo. Y peligroso, pues va a contracorriente de la existencia de los espacios democráticos, amplios, modernos, públicos, que tienen la finalidad de superar esa contradicción de base de nuestra trágica historia: aquella que dice que el peor enemigo de un peruano es otro peruano, que un tipo de peruano da miedo a otro tipo de peruano, que los peruanos no se conocen y menos todavía se quieren ya que no se manyan, no se tasan y cada quien tira para su lado. Y unos lo hacen solamente en Asia, en ese extremo cerrado de la sociedad peruana, dentro de Asia y entre los de Asia, y ello ha traído como consecuencia un pensamiento político rígido, duro, inflexible, incluso por contagio, por el simple hecho de parar tanto entre ellos, de caminar de arriba abajo, dejando de lado, algunas veces, sobre todo en tiempo de elecciones, cuando el peligro asoma, lo que les dicta su buen corazón. ■